

¿conocemos al pueblo en su religiosidad?

1

El gran G. K. Chesterton, en "El regreso de D. Quijote", aborda una cuestión sumamente importante para la lucha de liberación de los oprimidos: ¿quién conoce de veras al pueblo? Monta una alegoría rápida valiéndose de dos tipos, Douglas Murrel el aristócrata liberal y John Baintree el líder socialista. Les hace pasar juntos una noche de pesadilla, de taberna en taberna por las calles de un barrio suburbano industrial, hasta que, al amanecer, el sindicalista lanza un apóstrofe aclaratorio al noble:

—“Douglas, no es preciso que se represente tu alegoría por más tiempo... ya sé lo que me quieres decir. Me has dicho: “Sí, John Baintree, tú te las arreglas muy bien con los selectos; es con la muchedumbre con quién no te las arreglas. Tú te has pasado una hora en el salón y les has hablado desde Shakespeare hasta los números de variedades. Ahora has pasado una noche en las calles pobres. Dime: ¿quién de nosotros dos conoce mejor al pueblo?”. Chesterton añade en boca del líder un párrafo todavía más incisivo: “Eres capaz de descubrirme por qué nosotros huímos más de estas cosas que vosotros y por qué vosotros podéis ju-

gar con ellos y nosotros tenemos que luchar con ellos”.

Es preciso leer toda esta inteligente novela, cargada de tanta crítica social como humor, para comprender bien el alcance de la alegoría. Naturalmente que cuanto en ella se dice y se calla es muy discutible; a fin de cuentas, el valor de un discurso está justamente en su poder de discusión, ésto es, de hacer discurrir. Y la alegoría de Chesterton es capaz de hacer discurrir incluso en pastoral, si se traslada la cuestión al tema de la religiosidad popular, por ejemplo, y se pregunta uno: ¿quién conoce mejor la clase de religión que profesa de hecho el pueblo? ¿quién es el que juega y quién es el que lucha con él, en lo que a sus sentimientos religiosos se refiere?

2

El tema de la religiosidad popular venía desde hace tiempo rondando por las páginas de todo género de literaturas, científicas o artísticas, y se podía sentir que iba a condensarse específicamente en un entramado de tesis, pongo por caso de sociología de la religión o de la misma teología pastoral.

Por otro lado, desde la base viva, también venía haciéndose cada vez más densa la problemática sobre la religiosidad popular para los agentes responsables de la pastoral. Pienso, por ejemplo, en los problemas que les plantea a los párrocos la vida de sus feligreses poco o nada regularmente asiduos a la práctica y todavía menos a la instrucción doctrinal más básica y elemental; o en los problemas de inserción y presencia de la Iglesia en el tejido vivo de la realidad social; o en los que plantea la religiosidad popular a los movimientos cristianos de liberación.

La evangelización, por decirlo con una palabra máximamente amplia, se encuentra por todas partes ante el hecho gigantesco de la religiosidad popular. El Sínodo de 1974, al revisar el panorama religioso del mundo actual, elevó este hecho al plano de las preocupaciones prioritarias de la Iglesia.

De aquí en adelante, por algunos años, me parece que la cuestión va a caldearse hasta grados imprevisibles y que va a dar mucho que hacer y que hablar. Es una cuestión explosiva, cargada de las más peligrosas potencialidades, tanto para bien como para mal, para seguir jugando con las pasiones y afanes profanos y los sentimientos religiosos del pueblo, tan mezclados unos con otros, y seguir domesticándole y alienándole, o por el contrario, para impulsarle a luchar por su liberación religiosa, que es la base más honda y necesaria en que fundamentar todas las liberaciones humanas en las demás dimensiones de la vida personal y colectiva.

¿Qué sabemos, en concreto y con precisión, acerca de la religiosidad popular? ¿Cuál es el método adecuado para investigar esta realidad? ¿Hacia qué objetivo clave ha de orientarse su análisis? Correspondiendo a la amable invitación

de nuestra Revista, tengo el atrevimiento de exponer algunas reflexiones, como aportación a este número monográfico.

3

Suelen decirme: empecemos por definir la religiosidad popular. ¿De qué se trata? Pero ahí empieza el camino del calvario. Una definición es, seguramente, lo último que se puede escribir aunque, por lo general, sea lo primero que suele aparecer en los manuales. Cuando el investigador la consigue, si es que de veras llega a lograrlo, lo ha ido haciendo a lo largo del trabajo mismo, acotando y delimitando sin cesar su objeto.

De poco creo que sirve para la vida y la acción el anticipar, en abstracto, una definición esencialista de carácter filosófico, marcada ya de origen por un concepto prefabricado de religiosidad, deducido de una determinada posición ideológica.

Mas, si se pretende tener una definición científica y establecer los caracteres, propiedades, especies y leyes de la religiosidad popular, apenas cabe hacer otra cosa, hoy por hoy, que aproximaciones experimentales, descripciones fenomenológicas, tipologías comparadas e interpretaciones teóricas desde las perspectivas de otras ciencias, p. ej. la historia de las religiones, la antropología cultural, la psicología profunda, la sociología religiosa, etc.

Creo que tenemos que resignarnos, de momento, a trabajar sobre algo que, humilde y honradamente sea dicho, aún no se sabe definir con precisión y exactitud inequívoca, y que solamente a través de un duro esfuerzo por eliminar equívocos (que en este asunto se acumulan hasta la exageración), podremos alcanzar una definición aceptable y digna de ese título.

Porque uno de los peligros que yo veo en quienes tratan de este tema creo que está ahí, en su misma indefinición actual. Oigo y leo cómo hablan y escriben respetables hombres sobre la religiosidad popular como si estuviera diáfana y claramente de qué y de quienes se habla y escribe. Pienso que eseterán hablando de algunas determinadas realidades y sucesos muy concretos y locales, que están a la vista de todos en su reducido ámbito de experiencias y fenómenos, hasta el punto de que a nadie se le ocurrirá pensar en otros cuando oye hablar de religiosidad popular. Hablan de "su caso concreto".

Sin embargo, yo creo que la religiosidad popular es justamente lo que hay debajo de los casos concretos y sus multiformes modos de manifestación; que es una realidad de base gracias a la cual podemos comprender por qué estamos ante algo sustancialmente distinto de tantas otras cosas.

La religiosidad popular me parece uno de los fenómenos más complejos y más difíciles de definir, dada la cantidad de factores y elementos heterogéneos que aparecen a la observación. Además, es muy delicada la tarea de separarlos para su análisis, porque no entran siempre ni de la misma manera en la composición para cada situación concreta y algunos de ellos entran como elementos verdaderamente constitutivos.

4

Como punto de partida creo que hay que trabajar sobre la base de que existe un lecho común de religiosidad humana, en el que se implantan, arraigan y crecen todas las religiones; y que la función de éstas consiste en ir depurándola y haciendo su desarrollo hacia la plenitud del espíritu religioso. En eso me parece que consiste lo que

yo llamaría el proceso de crecimiento religioso de la humanidad en la historia.

En el caso singularísimo, fenomenológicamente hablando, del judaísmo de la Antigua Alianza y del Cristianismo de la Nueva, aparece una Revelación que sobreviene a religiosidades pre-existentes, con las que produce rupturas esenciales y a las que, sin embargo y precisamente por eso, sitúa en cabeza del proceso religioso de la especie y le orienta en su verdadera dirección eficaz.

El trabajo de elevación, de espiritualización interior y de proyección exterior, que lleva a cabo una determinada religión, deja siempre masas de gente, incluso de sus adeptos y fieles, que siguen parcialmente inmersos en ese lecho primordial, común del río de la religiosidad humana. A la Religión de la Iglesia Católica le ocurre lo mismo, y su base popular se hunde en el lógamo primitivo, en eso que suele llamarse, tampoco con demasiada precisión, unas veces por exceso y otras por defecto de delimitación, el "catolicismo popular".

Lo complicado de la cuestión, a mi juicio, consiste en señalar dónde está ese lecho común y de fondo; y al decir común no quiero decir que en todas partes se manifieste del mismo modo, con los mismos factores y en las mismas proporciones.

Van der Leeuw estableció sólidamente, desde el punto de vista de la fenomenología, la distinción entre "lo religioso" ("lo de una religión dada") y la representación religiosa de ello por los creyentes. Para éste gran clásico, el método de investigación debe ser muy consciente de esa distinción-clave. Según él, el hombre religioso lo es porque tiene una experiencia vivida (primaria, inmediata, fundamental y determinante) de "lo de

su religión”, de algo sagrado que considera término real y verdaderamente existente de su actitud, con lo cual se relaciona realmente y que realmente actúa sobre él. El hombre religioso se refiere siempre, cuando habla de religión, a lo que ese término sagrado real hace respecto de él.

Pero, por otra parte, su experiencia básica de lo sagrado es la de algo muy distante y, por eso, se representa a Dios y a todo lo sagrado de su religión (de su relación con esto) de una manera muy imprecisa. Como agudamente observa Van der Leeuw, la primitiva idea religiosa que forma el hombre no es la de “dependencia” sino la de “distancia”; empieza por tomar cierta conciencia de algo distinto y distante de todo lo natural y de sí mismo, algo que le sorprende y asombra y apenas le permite decir casi nada sobre ello.

5

Puestos así los términos de la cuestión, Van der Leeuw tiene que afirmar que la definición de la religiosidad está presidida por la experiencia vivida. Por eso no sabemos —con un saber científico— lo que es la religión; lo que podemos saber científicamente es la actitud religiosa que tales y tales hombres toman ante “lo de su religión”, ante lo sagrado tal como es percibido por ellos.

¿Podemos saber lo que es la “religión en sí” y no sólo la actitud religiosa del creyente, la “religión en él”, tal como se expresa por manifestaciones externas y por las explicaciones que pueda darnos de su experiencia interior? Saber lo que es, en su realidad objetiva, la relación de Dios Único y Real con el hombre concreto y real es tanto como saber qué es esa relación tal como Dios la ve y, en este plano, sólo es posible saberlo por

una revelación de Dios mismo. Se trata, por tanto, de un saber de fe y, en concreto, de fe en la Palabra revelada del Dios vivo y verdadero.

Creo que esto puede dar fundamento a mi opinión de que, en fin de cuentas, definir la religiosidad popular, adecuada y objetivamente, será el resultado de comparar el nivel o niveles de religiosidad en que se sitúa el pueblo o los diversos medios populares con la Religión revelada, que es la relación en que se realiza el eficaz encuentro que de veras comunica al hombre con Dios.

Encuentro entonces dos dificultades. Por comparación con el Evangelio o revelación de la religión de Dios en Jesucristo, todo nivel religioso queda siempre muy por debajo de esa fe cristiana perfecta y que nunca se habrá desprendido totalmente de adherencias de todo tipo. ¿A partir de cual de todos esos niveles por debajo del Evangelio empieza el catolicismo popular y la religiosidad popular?

Esto lleva a la segunda dificultad. ¿Cómo definir “lo popular”? Es un vocablo con cientos y cientos de acepciones; ahí están los “populares” de las revistas gráficas, las democracias populares, el arte “pop”... ¿A quién nos referimos al llamar popular a la religiosidad que le es propia? ¿Quién es el sujeto colectivo que la posee? Eso suponiendo que haya una sola y común bajo tantas variantes de ambiente a ambiente, de sector a sector social, de cultura a cultura, de “pueblo” a “pueblo”... A no ser que se pretenda simplemente una denominación convencional, a meros efectos funcionales. Pero aún así, como en todo código convencional de señales, habrá que establecer explícitamente la equivalencia convenida, de manera que no permita equívocos.

Si se logra señalar cuáles son los niveles "populares" de religiosidad, bastará estudiar sus elementos y comparar el conjunto con el Evangelio, como hemos dicho.

De lo anterior parece que se deduce la necesidad práctica de tomar precauciones al tratar el tema de la religiosidad popular o leer estudios sobre ella. Por una parte se impone una gran humildad y prudencia al avanzar hipótesis y proponer enunciados, tesis y teorías sobre el asunto. Por otra parte, una muy perspicaz reserva para no atar el pensamiento a ninguna de esas teorías, y mucho menos para vincular y hacer depender de esa teoría la acción religiosa y, más en concreto, la acción pastoral de la Iglesia en la evangelización de la religiosidad popular. Hace falta mantener una gran libertad de espíritu que sepa guardar la debida distancia respecto de la literatura teórica, al mismo tiempo que le rinde el debido respeto.

6

Para llegar a una definición de la religiosidad popular a partir de "lo religioso" que le da origen y fundamento, Van der Leeuw es partidario de este método de investigación: observar los hechos religiosos, escrupulosamente abordados desde la categoría de lo religioso y en su perspectiva específica.

Esto le obliga a pensar qué se debe entender por hechos religiosos. El piensa que son relaciones experienciales con "lo otro", en las que la observación ha de recaer tanto sobre el sujeto y el objeto, términos de esa relación, como sobre la interacción mutua que se produce. El sujeto de la religiosidad lo es gracias al objeto; nada de lo que es hecho religiosamente por aquél puede entenderse más que referido y en relación con

su objeto, lo sagrado. Esta aseveración me parece que tiene la mayor importancia para nuestro tema.

Lo único observable por la investigación científica es la manifestación externa de una experiencia subjetiva de lo sagrado; en esa manifestación se traduce al exterior una situación interior de religiosidad del sujeto, es decir, lo que sucede en el espíritu de un hombre al que le acontece encontrarse o sentirse que está en relación con lo divino. Entre esos modos de manifestación exterior posibles está el que el protagonista nos transmita y declare, como pueda, su comprensión de esa experiencia. Y sea cual fuere el medio de captar el hecho religioso, lo que nos da la concreta situación de religiosidad de tal o tales hombres determinados en su actitud religiosa como sujetos de una experiencia de lo sagrado.

El método propuesto por Van der Leeuw consiste en analizar esa situación subjetiva real de la religiosidad, fruto de un acontecimiento o experiencia vivida, mediante el análisis de sus manifestaciones externas o de las declaraciones del sujeto sobre esa su experiencia. Este análisis es lo que permitirá afirmar algo válido acerca de "cómo" es, en concreto, la religiosidad o actitud de un determinado grupo humano, en esa situación religiosa que se le produce a causa de unas determinadas experiencias de "lo de su religión".

Ahora bien: la experiencia religiosa parece ser siempre la del sentido último de la existencia y de la realidad, percibida precisamente como totalidad. La psicología de la religión investiga (con muy dispares conclusiones, por cierto, según los diferentes prejuicios ideológicos) respecto de la comunicación trascendente con lo eterno. También la filosofía de la religión discurre sobre la posibi-

lidad racional que hay, esencial y ontológicamente, en la razón humana para entrar en relación con lo absoluto, en cualquier forma en que éste se le haga presente.

Sin embargo, creo que religiosidad popular y "religiosidad natural" son cosas muy distintas y que debe evitarse con cuidado el hablar confusamente de ellas. El concepto de religiosidad natural es propio de filosofías que especulan en abstracto, mientras que la religiosidad popular es un hecho concreto, unas actitudes en unas situaciones, unas experiencias vividas de carácter religioso, seguramente sobre el sentido último de la existencia, sobre lo absoluto, lo eterno, lo santo, etc., y que determinan aquellas actitudes también vivas a las que damos ese nombre de religiosidad popular.

Por otra parte, no puedo vencerme de que la religiosidad sea un mero producto humano (y mucho menos por mecanismos de "proyección") en tanto que la fe cristiana es obra de Dios. No soy capaz de aceptar esta excluyente contraposición, claramente dualista, entre religión y fe. Toda religión, si de veras es "religiosa", de algún modo es relación con Dios a causa de alguna experiencia de hecho, y pide y da fe. Supuesto el orden actual de gracia divina en que Dios ha constituido desde el principio a su criatura humana, aún encuentro más difícil oponer religión a fe, como si fuera posible una sin otra o fuera necesario optar por una o por otra.

Precisamente, en estos momentos, la teología y el discernimiento espiritual de la Iglesia están reconociendo los valores religiosos auténticos que pueda haber, de hecho, en cualquier religión, planteando el problema misionero de evangelizar a partir de esos valores.

Entendida toda religión y también la religiosidad popular como experiencia y actitud auténticas respecto de lo sagrado, no me parece admisible decir que la religiosidad popular es aquello de lo que hay que sacar y liberar al sujeto popular, sino todo lo contrario: es la veta profunda y fértil en que hay que injertar la fe en la revelación o evangelio de Jesucristo, Manifestación del Padre. Es la religiosidad popular auténtica lo que hay que liberar de cuanto no sea compatible con la fe evangélica y cuanto impida el proceso de crecimiento religioso hasta llegar a ella.

Lo difícil es dar con esa veta fértil y positivamente religiosa, recubierta tantas veces de modo increíble por el espesor de una maraña de sentimientos, ideas, afanes y apetitos, que esos sí que son productos del hombre y bien profanos. Lo difícil es determinar, uno por uno, los factores que no son experiencia religiosa y actitud religiosa consecuente, pero que entran, sin embargo y de hecho, en una determinada forma real y concreta de religiosidad popular de un grupo humano dado.

Ese es, a mi juicio, el trabajo que ha de realizar la investigación (en el caso del Catolicismo popular, la investigación teológica y pastoral, apoyada en las demás investigaciones científicas).

La evangelización de la religiosidad popular, incluido el catolicismo popular, supone a mi juicio un proceso que va desde la situación de religiosidad a la conciencia y vivencia de la fe cristiana. Y si a la primera la determinan los acontecimientos experimentados o vividos, también habrá que hacer avanzar ese proceso de educación religiosa hacia la fe (y, a la vez, proceso de liberación reli-

giosa de las adherencias y opresiones profanas), poniendo a los hombres de la religiosidad popular ante acontecimientos de fe y hechos de salvación (ante Cristo y la Iglesia como acontecimientos), como algo que no sólo es verdad, sino que ocurre de veras, de modo que puedan ser experimentados por esos hombres en las más diversas y adecuadas formas y en cualquiera de las dimensiones de su vida humana real.

Me parece también que, desde el punto de vista psicológico, el proceso de evangelización de la religiosidad popular va desde la actitud religiosa propia del primitivo o del niño hacia la madurez depurada y autoresponsable de la fe evangélica, personal y comunitariamente asumida de modo consciente. Los descubrimientos de la psicología profunda ayudan indudablemente a comprender lo que es esa representación primitiva e infantilista de Dios y de lo sagrado que pueda haber en la religiosidad popular y asimismo, cuáles pueden ser los pasos adecuados en el proceso de crecimiento hasta la religiosidad madura y adulta de la fe cristiana.

Finalmente, el proceso de crecimiento religioso, visto en el plano de las representaciones ideológicas o de las "imágenes" que los hombres de la religiosidad popular forman de lo sagrado, incluso de su revelación cristiana, creo que debe ir desde esas "ideas" y "creencias" subjetivas hasta los auténticos contenidos de la fe evangélica. Pienso que nunca insistirá bastante la pastoral en el examen de esas imágenes populares y de esas ideas que, de hecho, se forma la gente sobre las realidades y los misterios divinos que anuncia y comunica plenamente la Religión revelada por Cristo. Tal análisis y examen nos indicará el método y las

etapas de la catequesis y predicación de la Verdad de la Fe en respuesta correlativa a las creencias de la fe subjetiva popular.

8

En el caso concreto de nuestro país, la religiosidad popular puede y debe ser llamada "catolicismo popular". Una larga tradición lo autoriza y, por imperfecta que haya podido ser la evangelización en algunas épocas remotas o recientes, la religiosidad de nuestro pueblo contiene claros elementos genuinos de la fe cristiana y católica, que constituyen su fundamento y núcleo.

El análisis pastoral de nuestra religiosidad popular debe versar sobre la situación real de ese catolicismo popular, en todos sus niveles y formas. El cambio social contemporáneo ha repercutido de muchos modos en él y no permite considerarle ya, ni como una realidad fijada de una vez para siempre en tradiciones católicas petrificadas, ni tampoco como una realidad homogénea. Creo que junto al catolicismo tradicional de las masas de fieles hay que estudiar las manifestaciones de lo que podría llamarse nuevo catolicismo popular y también las nuevas formas y expresiones religiosas, más o menos dependientes de nuestro catolicismo. Seguramente que todavía son minoritarios una y otras, pero me parece que expresan claramente anticipaciones del rumbo a que se encamina nuestro catolicismo popular.

El fenómeno religioso popular es tan complejo que se presta muy bien a hablar de catolicismo popular mezclando confusamente una multitud de elementos distintos y que es preciso someter a un minucioso análisis, para poder deter-

minar su naturaleza y el papel que juegan al entrar como componentes en cada situación religiosa concreta.

Un análisis bien hecho deberá reconocer cuáles son los sentimientos religiosos del pueblo y cuáles son los elementos de fe eclesial que entran en sus creencias, y poner de manifiesto la interacción entre ambas realidades. La fe eclesial no puede ahogar los sentimientos religiosos profundos del pueblo ni éstos adular la religión evangélica de la Iglesia. Todo lo humano fundamental y auténtico, las expresiones vivas, limpias y sinceras de devoción y las necesidades legítimas de ritualización de la vida humana, el exuberante y hondo afán popular de la fiesta, el anhelo de humanización de lo sagrado, y tantos otros valores de la religiosidad popular han de ser recogidos e integrados al plano más elevado de lo evangélico por la pastoral de educación del pueblo en la fe, liberándole de cualquier posible mitificación popular de lo religioso y hasta de lo cristiano mismo.

El análisis debe proseguir por el examen de los elementos sociológicos y culturales que entran en el catolicismo popular. Ha de precisar lo que se entiende cuando se habla de "cristianismo sociológico" o de "inculturación del cristianismo", porque bajo esas dos expresiones hay vastísimos complejos de elementos a situar en su debido lugar y en su particular perspectiva. Hay que establecer con creciente claridad las relaciones entre cultura popular y fe, pensando en la identidad y la creatividad del pueblo, tanto en el campo de su cultura peculiar como en el de las formas de expresión religiosas que le son propias. Y hay que determinar las influencias que en la religiosidad popular tienen el sistema de enseñanza establecido, los

medios de comunicación social, y tantos otros factores del sistema social y cultural en que están inmersos los hombres de la religiosidad popular.

No se presenta menos rico y complicado para el análisis el conjunto de elementos que resultan de la influencia de las diversas mentalidades, actitudes o tipos de creencias católicas que se dan de hecho en los diversos sectores o niveles de la Comunidad católica. Así p. ej. el providencialismo fatalista o infantilista; los legalismos y ritualismos; las diversas formas de henoteísmo que dan una tonalidad de religión nacional o, a escala menor, de cultos locales; los espiritualismos y sacramentalismos; el privatismo y los temporalismos, y tantas otras maneras de reduccionismo de la Fe Católica a alguno o algunos de sus elementos; con lo cual éstos mismos, por el mero hecho de aislarlos o radicalizarlos, quedan falseados y desvirtuados, transmitiendo su propia desviación al catolicismo popular.

Por último, el análisis debe poner de relieve toda una enorme gama de elementos profanos que se han adherido o infiltrado en la religiosidad católica del pueblo, adulterándola y convirtiéndola en antisigno y contratestimonio; asimismo, las manipulaciones interesadas que la utilizan como un instrumento de opresión o de alienación, explotándola calculadamente para servir a los fines más insospechados y más alejados del fin religioso del Evangelio y de la Iglesia.

9

Pienso que cuando el análisis pastoral haya llegado a descubrir, comprender y explicar correctamente la naturaleza de la religiosidad popular y de todos los elementos que, en concreto, entran

en esa situación, será posible una acción pastoral de evangelización más certera, adecuada y eficaz. Y, en última instancia, de eso se trata. De ayudar al pueblo y su liberación religiosa, a su promoción a nivel de fe evangélica de la Iglesia, y al despliegue de sus propios valores profundos, en un esfuerzo creador de inculturación del Evangelio, de manera que florezca el espíritu del pueblo en expresiones

a la vez genuinamente cristianas y populares.

Creo que la pastoral popular, iluminada por un serio análisis de la religiosidad del pueblo, puede y debe dar un impulso decisivo y al unísono al catolicismo popular y a la cultura popular, de modo que, a la luz del Evangelio, el pueblo encuentre al mismo tiempo su identidad cultural y su identidad cristiana.